

## La ruta de los hospitales: una novela del lenguaje



Lucía De Leone  
UBA/UNA/CONICET

Gloria Peirano (2019)  
*La ruta de los hospitales.*  
Buenos Aires: Alfaguara, 144 páginas.

A partir del tembladeral que suscitó el Primer Paro Internacional de Mujeres del 8 de marzo de 2017 se impuso una nueva cartografía política de desasignación y reapropiación de los espacios que involucran la actividad humana distribuida tradicionalmente en público y privado según economías tan sexistas como simplistas. Fue en la calle y bajo la lluvia donde vi por vez primera y como si fuera la primera vez a Gloria Peirano, la hermosa, la imponente, la maternal, la compleja, la confesional (no voy a caer en infidencias, pero con ella hablamos de nuestros miedos más íntimos casi sin conocernos en una vereda del centro porteño). Al tiempo, esa coincidencia resultó en otra: seríamos colegas en la novísima carrera *Artes de la escritura* de la Universidad Nacional de las Artes, encantadora esquirola de las últimas políticas de ampliación e institucionalización de las prácticas y el conocimiento humanístico. La militancia en *Nosotras proponemos Literatura* nos llevó a estar no sólo cerca sino juntas y organizadas, ya sea en reuniones amistosas como en intervenciones activistas. (También resultó que nuestras familias se habían conectado por el cine y ya, pensé para mí, no había escapatoria alguna: nos quedamos pegadas como ocurre con los imanes o los polos eléctricos que se atraen).

Con estas referencias no caigo tan sólo en anécdotas de color para amenizar el clima, porque señalo, creo, la importancia de cómo lo que se piensa y escribe se enlaza con conversaciones y preocupaciones críticas, teóricas, políticas, ideológicas y de militancia feminista en una red extensa de amistades, alianzas y hasta, por qué no, divergencias. Pero también siempre digo, y esta es una oportunidad más, que un gran lugar para conocerse es mediante un libro. Más aún si se trata de un libro escrito por una mujer sobre otras mujeres, que dejaron, cada cual a su modo, sus huellas, un libro que construye como querían los feminismos linajes o genealogías femeninas: herencias de todo tipo, transmisiones generacionales de madres a hijas que son madres y abuelas de hijas. El libro, ese objeto material y simbólico; un libro en este caso con

hospitales y hospitalario como pocos es una trinchera, con la que guardamos un fetichismo saludable: lo marcamos, lo subrayamos, doblamos sus vértices superiores, volvemos hacia atrás para releer, cerramos sus páginas cuando nos vence el sueño, lo dejamos listo para seguir al día siguiente sobre la mesa de luz, y después de todo, lo acomodamos en la biblioteca. Donde coloquemos este libro se traducirá en un gesto de territorialización estético política y, de este modo, en un modo de leer: iremos al estante de... ¿escritura de mujeres?, ¿novela?, ¿novela realista?, ¿autobiografía?, ¿la gran marea que es la literatura argentina actual?, ¿quizá como una road movie del conurbano?

¿La ubicación será guiada por los temas que se ficcionalizan?: la enfermedad, las instituciones tan panópticas como protectoras, las maternidades, la viudez, la orfandad, un sistema de salud en crisis que reconoce la diferencia fundamental entre la clínica boba que privatiza ilusiones (como quieren las primas ricas) y un hospital público, “peronista”, que se hace más verdadero cuando el sol cae y se ilumina la tristeza real; relaciones vinculares primarias signadas por los tiempos de la mano protectora sobre los hijos y las hijas de antes del cinturón de seguridad, del asiento de atrás y la prohibición de sacudir cabezas al ritmo del aire que se cuela por la ventanilla abierta. ¿La decisión la tomaremos por las apuestas estéticas de una novela que se juega el verosímil con el difícil dispositivo narrativo en segunda persona, entre secuencias dialógicas y escenas donde la repetición más que hartazgo e inmovilidad es puro torbellino en cada retorno? Son pocos los textos regulados por el artificio sostenido sin asfixia por un vos/ tú que no se vuelven expulsivos por íntimos. Pienso rápido y se me ocurre en *El pie de Clive* de John Berger, y, en el contexto regional, en *Aura* de Carlos Fuentes o *Beya* de Gabriela Cabezón Cámara, quizá algún cuento de Silvina Ocampo.

Este nuevo libro de Gloria Peirano nos invita a desandar los itinerarios marcados por otros. ¡Cómo no hacerlo si tenemos la opción de experimentar un

corrimiento de esas mismas fronteras que nos hicieron ver, crear, acatar y no cuestionar! Seguir la ruta de los hospitales no es únicamente pasar un día completo en el Muñiz, en el Roca, en el Español, en el Británico, en el Fiorito, el Gandulfo o el Fernández, como nutricionista o como hija que acompaña y espera, atendiendo pacientes o entreteniéndose, según corresponda, en las explanadas que ensanchan el radio vigilante de enfermeras, personal de limpieza, camilleros o cocineros. La orfandad temprana nos obliga siempre a improvisar una ruta, a arrojarnos de lleno a la ondulación incesante a la que nos lleva mirar el vacío que deja hacia atrás, a cambiar nuestro modo de estar en el mundo frente al desánimo que nos ahoga cuando quien falta no está, por ejemplo, en los actos escolares o soplando las velas de los nuevos años.

Seguir esa ruta, entonces, es tomar las curvas que la amplían al infinito donde se pierde el punto de referencia y el cielo puede ser el mar o el césped puede ser el cielo, donde los árboles inquietos tapan la fachada lejana de un hospital construido con una arquitectura del pabellón, el jardín verde y los senderos que se bifurcan. Apostar por esa ruta del volantazo es un modo también de abandonar la mirada sesgada y espía que ofrece el hueco de la cerradura (emblema del foco visual permitido para las mujeres) y operar con nuevos órdenes escópicos. Transitar esos periplos de hospital en hospital es detener el mundo en los asientos delanteros de un auto en movimiento.

Las hijas, huérfanas de un lado, de médicos o gente del ámbito de la salud, que no tenían tal vez dónde dejarnos mientras trabajaban, hemos tenido que vérnoslas, al acompañar a nuestros padres en sus visitas a los hospitales, con la ardua tarea de imaginar el juego sin caer en relatos compensatorios que anulen nuestra visión. Hemos tenido que vérnoslas con el loco del cuchillo del pabellón, el niño pelado e ictérico junto a una madre menos agotada que desesperanzada, la mujer que estira los brazos en la silla de ruedas pidiendo ayuda, el ejército de tuberculosos del Muñiz, sublevados contra las dietas, que escupen para contagiar o tosen para despertar respeto por miedo, antes de la llegada de la penicilina. Las hijas de médicos entendemos órdenes de estudios, recetamos medicamentos, hacemos diagnósticos y damos tratamientos, pero sobre todo vemos hasta el tuétano cuán preciado es tener estabilidad química en la mente, qué lujo resulta peinarnos cada mañana y que haya cabello para ser acariciado, y qué soberanas somos por desplazarnos a pie y sin prótesis. Las hijas de médicos (vale también para las hijas de nutricionistas como es el caso de la novela) supimos ser pacientes antes que hijas, si paciente es, según la etimología latina de

la palabra, quien padece porque espera. Y esa espera tenga lugar en el asiento del copiloto, en pabellones con eco, en los jardines de flores afligidas o en una sala cualquiera. Porque el hospital de este libro se dice de muchas maneras, trasciende las fronteras físicas de ese adentro y ese afuera que redundan en sanos o enfermos. La ruta, los relatos heredados y la sucesión de consejos o imperativos que transmite la madre a la hija en un auto son también el hospital.

Pero, insisto, esta novela nos deja mucho más y combina la percepción infanciada con un diálogo descarnado entre una madre ya muerta y una hija que es madre en un tiempo X que el relato diseña con la perfección de relojero. A los modos de narrar dislocados y a un espacio atravesado por la ruta del desvío se agregan otras formas de medir el tiempo. ¿Por qué deberíamos esperar una historia medida según las cronologías conocidas, horizontales, sucesivas, y organizados según los tiempos que impone, por caso, el orden de una Nación y no seguir la periodización del grano debajo del grano, del bulto como avellana, de la punzada en la garganta, que impone el fascismo de la glándula tiroideas?

La profesora de morfología, lingüística y sintaxis sabe la importancia de la selección y combinación lexical (“pupila” es acaso más poético y “retina” más científico que “ojo”), el impacto de un fraseo armado casi obsesivamente como se coloca ladrillo junto a ladrillo en una construcción que le pueda a todos los vientos, y, sabe, sobre todo, que la hipotaxis le gana a la parataxis en sofisticación y evolución de estadios comunicacionales. Así es como nos introduce en temporalidades incrustadas y convivientes –hoy diríamos anacrónicas– que arman un archivo expandido. De modo tal de que el pasado bajo distintas formas de la *memorabilia* (la infancia, el deporte, la enfermedad incipiente) irrumpa en un presente discontinuo para hacer asomar un futuro de temblores: sea el de las manos palmas abajo, el de la visión manchada de negro, el del tobillo hinchado o el del párpado que por sí solo no puede cerrarse; sea el de cómo tramitar la épicas peronistas y los *deber ser* familiares para no convertirse en algo parecido a la madre; sea el de la máquina antropológica que decide entre salud y enfermedad, entre ser o no ser según lo que se ingiere (“Somos lo que comemos”), entre la vida y la muerte, entre la sustancia y lo emplazado en el terreno de lo desechable.

Si la cocina de la casa quedó, tradicionalmente, en el imaginario como el ámbito de la domesticación de las identidades femeninas o como el espacio mudo –el cuarto propio– de insurrección, según los

momentos en que la crítica fue a leer el género en esa área sobrecargada de densidades alegóricas, la autora que pone de protagonista a una nutricionista formada por el Doctor Escudero elige otra vez la ruta lateral. En pugna con las imaginaciones ancestrales que el arte de cocinar despertó, como ciertas pedagogías domésticas para la mujer, Peirano apuesta por una cocina de hospital, colectiva y en serie, remedo de la industria fabril, donde el guerrero depona sus armas y no existe la posibilidad de desarrollar un mundo interior, donde no hay utensilios diferenciados para cada plato ni relojes de arena que avisen los tiempos de la cocción, donde, además, el gusto y la sensualidad son destronados por la necesidad de que alcance para todos los internos en los plazos y las formas que la ley del hospital dispone.

Con la misma sutileza con que la autora perfora cada nivel de la narración, la dimensión histórica apenas se cuele y lo hace por itinerarios también laterales: la referencia a la Fundación Eva Perón, a las diatribas familiares antiperonistas sobre la nutricionista que se

convence de que “no es caridad la del hospital público, es peronismo”. Atendiendo pero no reduciendo la novela a la etiqueta *hitera* de “novela peronista”, como leyó cierta zona de la crítica al libro de Peirano, propongo pensar *La ruta de los hospitales* en el cruce entre una novela del lenguaje en la que la cuota emocional no aparece en estado puro sino extrañada (como proponía Victor Shkolovsky) justamente por el artificio, y una novela prosopopéica en la que el dispositivo de la segunda persona –que no ahoga ni embauca porque escapa al mero truco discursivo– funciona como la contraseña femenina que habilita la complicidad y encuentra el tono justo para que dialoguen una madre muerta y una hija huérfana.

No porque sí, sospecho (o mejor lo digo convencida), la autora de *La ruta de los hospitales*, que recomiendo a quienes se le animen a un universo no menos revulsivo por familiar, se llama Gloria. Incluso para las hipocondríacas y las enfermas imaginarias, como yo, el libro se lleva todas las glorias.